

060. Una puerta secreta

Ustedes han oído contar a estas horas lo que un día pasó en el Cielo, ¿verdad?... Nadie sabía cómo, pero allí se habían colado más revoltosos de la cuenta. Hubo quejas, y Jesús —que es muy bueno, pero también muy serio— se encaró con San Pedro:

- ¿Qué pasa aquí? Parece que entran algunos sin tener el pasaporte en regla. ¿Ya te das cuenta de lo que son algunos de los que tú admites?

San Pedro se calla de momento, porque ve que Jesús tiene la razón, y busca una excusa que el Señor pueda admitir:

- Sí, es cierto. Yo les cierro la puerta a esos que Tú dices, pero viene tu Madre, los agarra de la mano, los mete por aquí, o bien les abre la ventana de al lado, en la cual yo no mando. Tú me encomendaste la puerta, no todas las ventanas. Comprendes, Señor, que yo no puedo con tu Madre.

Jesús mueve la cabeza, y responde casi resignado:

- Sí, ya veo. Lo malo es que yo tampoco puedo...

Todos los chistes que se cuentan de San Pedro suelen ser muy aleccionadores, porque entre bromas se esconde en ellos mucha teología.

Y el cuento de hoy nos está diciendo que María es precisamente esto: una Puerta del Cielo secreta. ¡Hay que ver los muchos y muchos que entran en el Cielo por haberse acogido a María!

Un precioso himno latino de muchos siglos atrás, le canta así a la Virgen:

Salve, estrella del mar, Santa Madre de Dios, Madre y siempre Virgen, ¡puerta feliz del cielo!

Y otro himno, tan antiguo y tan repetido, expresa lo mismo que el anterior:

- Oh Madre del Redentor, y puerta del cielo siempre abierta, estrella del mar, socorre al pueblo que va a caer.

¿Decimos bien al llamar a María *Puerta del Cielo*? ¿No le robamos nada a la intercesión de Jesús, nuestro Mediador ante el Padre?

Afortunadamente, nos encontramos aquí con una tradición constante de la Iglesia, la cual nos enseña cómo y por qué María es Puerta del Cielo. Además, son incontables las historias de los que han alcanzado al fin la gracia de la salvación porque han acudido en María.

¿Podemos escrutar la Biblia para llamar Puerta del Cielo a María? No lo dudemos. En la Sagrada Escritura no encontraremos la palabra, pero sí la realidad de esta doctrina tan bella.

De todas maneras, hemos de mirar antes a Jesucristo, de quien viene después todo lo que es María para con nosotros.

Jesucristo es la puerta única de la vida y de nuestra salvación: *Nadie viene al Padre sino por mí*, nos dice el mismo Jesús. Y en el Evangelio se nos presenta Jesús como la única puerta del redil. Jesús es el que, con su Resurrección, dejó patentes las puertas del Cielo, hasta entonces cerradas a cal y canto. Yendo a Jesús, por Jesús entramos en la gloria de Dios.

Esto es lo cierto: el Salvador es Jesucristo. Entonces, ¿por qué decimos que María es también Puerta del Cielo? Lo decimos porque Dios ha unido estrechamente a María con Jesús en la obra de nuestra salvación, y todo lo que tiene María le viene de Jesús. Pero,

miremos la Biblia y la enseñanza de la Iglesia, y veremos con cuánta razón llamamos a María *Puerta del Cielo*.

¿Qué hizo Eva en el paraíso?... Desde los primeros Padres de la Iglesia, siempre se ha ido repitiendo en la teología lo que nos hizo aquella nuestra primera madre: nos cerró la puerta del paraíso en la tierra y después la del Cielo. Dios se toma la revancha. Por Eva se cierra la puerta, al haber colaborado de modo tan decisivo con Adán. Pero por María se vuelve a abrir la puerta, al haber colaborado tan decisivamente con Jesucristo: primero, al darle de manera libre su carne con la aceptación del mensaje del Ángel; y después, al haber ofrecido Jesús al Padre en el Calvario, aceptando con tanto dolor la voluntad divina.

¿Qué hace María en la Encarnación del Hijo de Dios? Con su Maternidad divina abre la puerta para que nos venga Jesús al mundo, a fin de que el mundo tenga por Jesús abierta siempre la puerta de la salvación. El papel de María ha sido también decisivo como puerta de la salvación traída por Jesús.

Al abrírnos María y señalarmos así en Jesús la puerta del Cielo, de su gesto pasamos a su persona, y la confesamos puerta segura de salvación, *Puerta del Cielo*.

La Iglesia, por su parte, ha visto siempre en María a la Madre que en el Cielo intercede por nosotros ante su Hijo el Salvador, y hace por eso descender sobre nosotros una lluvia copiosa de gracias en orden a nuestra salvación. Esta es una fe constante del Pueblo de Dios. Nadie ha acudido a María y que después se haya perdido. Y las mayores conversiones, de los pecadores más desesperados, se han atribuido siempre a la Virgen, porque han acudido a su poderosa intercesión.

Un famoso revolucionario español fue sentenciado a muerte. Antes de ser ejecutado, pide con pasmo de todos un confesor. Se arrepiente de toda sus culpas, y muere como moriría un santo. Ante la extrañeza del mismo confesor, atestigua: *Mi vida ha sido un tejido de iniquidades. ¿Por qué ahora vuelvo a Dios? Yo no veo en mí más que una sola obra buena: cuando niño, mi madre me hacía rezar con ella el Rosario, y desde entonces no lo he dejado. ¡La Virgen me ha traído a Dios en esta hora decisiva!* (Riego)

Puerta del Cielo, María, siempre abierta del par en par. Porque el mismo Jesucristo se rinde ante los deseos de su Madre cuando intercede por nosotros. No le puede resistir. ¡Qué suerte tenemos nosotros con una Abogada semejante ante Jesucristo el Redentor y ante el Padre!...